

La Verónica, una agrupación con solera

FRANCISCO MINGUEZ LASHERAS
(Historiador-adjunto
de la Cofradía Marraja)

EN los años que los cofrades marrajos sacaban sus procesiones «cuando podían» y éstas costaban unos 6.000 reales, bastante mediado ya el siglo XVIII, un grupo de entusiastas cartageneros, marrajos además, se dirigieron al entonces hermano mayor Manuel Salomón con el deseo de costear la salida, en la procesión del Viernes Santo de madrugada, de un nuevo trono, el de la Verónica. Y así se lo comunicaron, solicitándole permiso al terminar la Semana Santa de 1772. Este grupo de hombres estaba integrado en su mayor parte por los oficiales calafates del Arsenal, y tras llegar a una serie de acuerdos entre ellos y la Cofradía, sacaron al año siguiente el nuevo paso de la Verónica acompañado por cien hermanos penitentes, que tenían la obligación de entregar a las arcas de la tesoría de la Cofradía de Jesús Nazareno, 2 reales y medio para el fondo de misas. Como por estos años era costumbre subastar las varas de los tronos entre los que optaban a ser sus portapasos, la Cofradía exigió que cada vez que una vara fuera subastada, los oficiales calafates le entregaran de lo obtenido 100 reales.

Así fueron transcurriendo los años, aunque no muchos, ya que al poco tiempo los oficiales calafates del Arsenal abandonaron su empresa, emprendida con tanto tesón en fechas no muy lejanas. El paso de la Verónica continuó saliendo a pesar de todos los avatares, haciéndose cargo de sus gastos los escribanos de la ciudad, aunque éstos tampoco permanecieron mucho tiempo con el trono de la Verónica bajo su responsabilidad: tan sólo lo tuvieron cinco años, tras los que finalmente pasaron a ser pagados los gastos por la Cofradía, que como pudo la fue sacando cada madrugada de Viernes Santo.

Siendo hermano mayor Fulgencio Miguel y Cervantes, en el año 1882, se hace un nuevo cartelaje para el trono, que se adornaba con unas artísticas «bombas» fabricadas expresamente para este menester en Alemania. Faltando pocos años para que finalizase el siglo XIX, allá por 1891, dejó de salir el paso de la Verónica, como consecuencia de los momentos de precariedad económica que atravesaba la Cofradía; y así fue hasta el año 1900 en que volvió a procesionarse.

La imagen que se utilizaba era de autor desconocido, aunque no faltaron quienes la atribuyeron a Francisco Salzillo.

Ya en este siglo, se sacaba en la procesión del Entierro el paso de María Magdalena, que era el mismo trono e imagen que el de la Verónica, con la única diferencia que se variaba el vestuario de la imagen, con devanaderas para vestir, y le eran colocados otros brazos para ser adaptados al Cáliz en el caso de la Magdalena o al paño con la Santa Faz en la

Verónica.

Por los años veinte pasó la Verónica a ser costeadada otra vez por un grupo de marrajos, en esta ocasión por los miembros del desaparecido club taurino «Gavirra», que llegaron a vestir en más de una ocasión los trajes del tercio de penitentes. Así tuvo lugar hasta que la algarada revolucionaria de 1936 acabó con todo.

Cuando en 1940 vuelven a sacarse las procesiones de Semana Santa no lo hace la Verónica, que en 1936 aún no había sido constituida como agrupación, a pesar que muchos de los pasos marrajos ya lo habían hecho, encabezados por los del Sepúlcro.

Fue en 1943 cuando es fundada la agrupación de la Verónica procesionando una imagen que se hallaba en los almacenes de la calle del Adarve, sin saber a ciencia cierta su procedencia, y que fue restaurada por Santos Bozal Casado, magistrado-juez que fue el primer presidente que tuvo la agrupación, pasando años después a ser presidente de honor.

El tercio vestía entonces capuz de raso azul, túnica blanca y fajín azul, desfilando sin capa. Este vestuario se usó hasta que en 1949 se adoptaron los colores actuales, combinando el blanco y el malva, incluyendo la capa; era entonces presidente Amalio Pérez Plazas.

En 1945 hizo en plata Consuelo Escámez Salmerón un precioso estandarte bordado al aire, que en la actualidad continúa saliendo.

La antigua imagen de la Verónica se sustituyó en 1948 por el grupo escultórico de Federico Coullant Valera, que hoy se procesiona sobre trono de Juan Lorente Sánchez, aún sin terminar, tras haberse sacado también sobre el trono del Descendimiento y otro construido expresamente en Granada por Cristóbal Velasco para la Verónica, hoy desaparecido.

La Verónica pasó tiempo después a ser filial de la agrupación del Descendimiento y finalmente se reconstituyó como la primera agrupación femenina de los marrajos, en 1970, siendo hermano mayor José M^a de Lara y su primera presidente la entusiasta e inolvidable marraja Amelia Portela, que formó entonces la siguiente junta directiva: M^a Jesús Chiralt, vicepresidenta; Angeles de la Colina, secretaria; Emilia Ros, vicesecretaria; M^a Luisa Cabezas, tesorera; Celia García del Toro, vicesorera; M^a Dolores Carlos-Roca, M^a Teresa Delgado de Cerrada y Josefa Aparicio de Vilar, vocales, y Encarnación Alcaraz (viuda de Pedreño), y Ana M^a Clemente (viuda de Minguez), guardalmacenes.

El último presidente que tuvo la Verónica antes de ser integrada exclusivamente por mujeres fue Pedro Peñalver Albaladejo. A Amelia Portela la sucedió Nieves Martínez de Pérez-Campos, que sería sustituida en 1984 por Cristóbal García Aráez, aportando el hecho curioso de ser el primer presidente varón que se ha hecho cargo de esta agrupación femenina en sus quince años de andadura como tal.



Cada vez, más portapasos.

DAMIAN

La multiplicación de los portapasos

RICARDO DIAZ-MANRESA,
pregonero de la
Semana Santa de 1981.

RECUERDO que el 10 de abril de 1981, Viernes de Dolores, pedí en mi pregón de Semana Santa que se multiplicaran los portapasos. Puse los ejemplos de Sevilla y Madrid y, sinceramente, no esperaba que mis paisanos me hicieran demasiado caso. La moda y la comodidad la acaparaban los chasis.

Recuerdo también que el 9 de abril de 1982, madrugada del Viernes Santo, empezó la multiplicación con la salida a hombros del Jesús de la Pescadería, salida deseada desde allí y así hacia varios años. Yo les di un empujoncito, al tiempo que cumplía mi palabra de salir como portapaso. Aquello fue tan emocionante que se convirtió en ejemplo para tantos otros porque fue el suceso de la Semana Santa del 82.

No hacíamos otra cosa que seguir la ejemplar lucha del San Juan Californio, la Virgen marraja del Encuentro y la del Amor Hermoso. (Con La Piedad no se atrevieron el lunes. Era imposible).

Estas agrupaciones en contra de la moda, de las voces adversas y hasta de las críticas declaradas, supieron seguir la tradición y poner vida a las procesiones.

Pero la multiplicación —no tan milagrosa como la de panes y peces, pero increíblemente positiva— era un hecho y LA VERDAD tuvo que titular que 1984 había sido el año de los portapasos. San Pedro y la Virgen del Primer Dolor tuvieron algo que ver. Santiago se echó p' delante en el 83. Era otro adelantado.

Y para el 85 se anuncia la nueva multiplicación con los caballeros-portapasos del San Juan Marrajo.

Naturalmente, los mejores tercios van a hombros.

Y para subrayar por qué mejores, querría insistir en mi teoría de los portapasos. La personalidad de nuestra Semana Santa se basa en cinco aglutinantes: orden, luz, flor, porta-



Ricardo Díaz Manresa. LA VERDAD

pasos y música. Si falta alguno, el conjunto flojea. La trilogía tercio-música-trono carece de vida si no hay portapasos. La música une al tercio con el trono. Y la chispa, el toque humano a los carros de luz, y a veces de fuego, es exclusiva de los portapasos. Ellos prestan el alma. Sin ellos, el conjunto se nos presenta mutilado. La realidad es que los portapasos hacen sentir al máximo la procesión a los espectadores, tienen la llave del entusiasmo, son las claves de la última y gran comunicación cofradía-pueblo, comunicación que llega al apogeo en las «entradas».

La música entona sentimentalmente a los espectadores y da alas a capirotos y portapasos. El orden, la luz y la flor son el componente estético insustituible. Por eso, la ausencia de uno de los cinco aglutinantes deshace el conjunto. La procesión está mutilada: o falta emoción, o falta sentimiento o falta estética.

La realidad es —y repito lo que dije en el Ayuntamiento en el 81— que los tronos con ruedas enfrían y mecanizan el ambiente. Y la Semana Santa debe ser emocional, natural, cercana y humana. Debe entrar en el pueblo. Y con los chasis ponemos distancia entre ese pueblo y los momentos de la

Pasión. Y no es bueno ni va a aumentar así el gusto de Cartagena por sus procesiones si —en lugar de tender puentes— alzamos barreras...

La multiplicación de los portapasos tiene sus críticos. Razonablemente, dicen que las procesiones pierden su ritmo. Son más lentas y, por tanto, más pesadas. ¿Se pierde en tiempo lo que se gana en perfección y en emoción, en naturalidad, en humanidad, en esfuerzo y en sacrificio?

Juan Jorquera —a quien recuerdo en estas fechas entrañables— y Alberto Colao —que asimismo me trae emoción a la pluma— lo decían. Concretamente, Jorquera precisaba en el 77 que las procesiones —sobre todo las largas de Miércoles y Viernes Santo— deben amoldarse a un ritmo único, capaz de no cansar a nadie y que obliguen, incluso, a intentar verlas otra vez. Las lentitudes excesivas podrán parecer elegantes, pero son pesadas para públicos que esperan de pie o sentados en sillas nada cómodas.

Añadiría yo que, con los chasis, las procesiones californianas eran más lentas que las marrajas (quizás por el miedo de estos últimos a la lluvia y por el temor ya apuntado de la pesadez). Jorquera era partidario de los portapasos, pero no de la lentitud para lucirse.

Con los portapasos, por lógica, deben ser más lentas. Pero uno se cansa cuando se aburre, no cuando se emociona. La emoción hace perder la medida del tiempo.

¿Cuántos tercios se apuntan para el 86? Hagamos la reconversión positiva. Que las procesiones sean a hombros, como antes, como fue siempre la del Resucitado.

Ahora, resuelto ya el tema —utópico en los 70— de portapasos propios, vayamos a otro más utópico todavía: las bandas de música propias.

Y, puestos a soñar, ¿por qué no inventamos oportunidades para los capirotos imposibles que cada año esperan sin esperanza que les llegue el turno?